

EL MILAGRO DE HIROSIMA

Asako Furunaka nació el 12 de agosto de 1921. Su padre era un empresario exitoso en Japón. Asako, una joven tenaz e inteligente, asistió a la escuela nocturna después de graduarse como maestra. A los treinta y dos años llegó a ser reportera de un periódico, algo muy raro para su época. Contrajo matrimonio con un profesor universitario y, aunque no tenían hijos, disfrutaba de una vida dichosa. Un día, sin embargo, cuando Asako tenía más de cincuenta años, su esposo le confesó que tenía una amante y le pidió el divorcio. Ella se vio inundada por la desesperación y el rencor, por la tristeza y el odio hacia su ex marido. Sentía que ya nunca podría creer en nada y poco después cayó en una profunda depresión. Cuando su vida pasaba por el peor momento, alguien la invitó a la iglesia, y comenzó a asistir con regularidad. Aprendió sobre el perdón y halló esperanza en la Biblia. La paz retornó a su corazón. Sin embargo, no tomó la decisión del bautismo.

Relatos increíbles

Debido a su capacidad y preparación, se la invitó a ser maestra de Escuela Sabática de niños. Aceptó de buena gana la tarea, y comenzó a enseñar las lecciones del folleto. Cierta vez, se trataba de los tres amigos de Daniel que fueron protegidos a pesar de ser arrojados en el horno de fuego. Después de compartir esta historia, uno de los niños exclamó: «¡Yo no creo eso!». Pero entonces, una de las niñas dijo: «Yo sí lo creo, porque mi abuela siempre me cuenta que ningún miembro de la iglesia adventista de Hiroshima murió cuando cayó la bomba atómica en la ciudad». Al oír esto, Asako se dio cuenta de que si bien había enseñado la lección, en realidad ella tampoco creía ese relato, como tampoco creía en lo que había dicho la niña. Al mismo tiempo pensó: «¿No soy acaso reportera? Yo podría descubrir si lo que dijo esta niña es verdad o no. ¡Tengo que averiguarlo!» Así es que comenzó a visitar a todos los miembros de iglesia que habían estado en Hiroshima el día del bombardeo.

Un día fatídico

Cuando la primera bomba atómica de la historia cayó sobre Hiroshima en la mañana del 6 de agosto de 1945, destruyó instantáneamente todo lo que estaba en un radio de dos kilómetros, y la temperatura a nivel del suelo alcanzó los inimaginables seis mil grados centígrados. Todos los que vivían en un radio de cuatro kilómetros murieron calcinados. Se generó un viento tremendo de 4,4 kilómetros por segundo, que hizo que aun los edificios de cemento se desplomaran y que trozos de vidrio volaran hasta dieciséis kilómetros de distancia. La radiación de la bomba fue increíblemente elevada. Los que estuvieron expuestos a ella perdieron todas las funciones corporales y sus células sufrieron apoptosis, un tipo de suicidio celular. Entre la explosión misma, los incendios que produjo y las quemaduras por radiación, doscientas mil personas perdieron la vida.

Ningún adventista fue afectado

En medio de esta destrucción, ¿puede haber sido posible que ningún miembro de iglesia, aun el que vivía a menos de un kilómetro de dónde cayó la bomba, perdiera la vida o terminara herido? Con grandes dudas, Asako comenzó a visitar a cada persona de la iglesia que había estado en la ciudad ese día. Lo que descubrió fue que en medio de las inmensas posibilidades de morir que habían existido, ninguno de los miembros de iglesia perdió la vida o fue herido. La abuela había transmitido un relato verdadero que la niñita repetía con total confianza. Y eso le dio pie a creer que los tres amigos de Daniel también se habían salvado. Durante su investigación, Asako escuchó el testimonio de la Sra. Hiroko Kainou quien, sorprendida por el terrible y repentino viento, cayó de rodillas y oró. Aunque todos los vidrios de su casa explotaron, ella salió sin un solo rasguño. Los otros veinte adventistas de Hiroshima se salvaron y salieron ilesos. Aunque seis ya han fallecido muy ancianos, los esposos Morita, los Yoshimura, los Sumi, los Matsutani y otros, aún están activos. La hermana Iwa Kuwamoto, quien aún realiza evangelismo por teléfono y por carta a los ochenta y tres años, se encontraba a menos de un kilómetro del sitio donde cayó la bomba. Cuando salió arrastrándose por entre los escombros de los edificios destruidos, fue testigo de la gran nube

en forma de hongo que oscureció al sol y cubrió la tierra de tinieblas. Trató con desesperación de ayudar a su esposo, que era incrédulo, para sacarlo de la destrucción radiactiva. Pero los incendios comenzaron a cercarlos. Tomó entonces la mano de su esposo y exclamó: «El fuego pronto nos alcanzará. No puedo hacer nada; muramos juntos. Dios lo sabe todo. Por favor, acepta a Jesús. ¡No puedo salvarte!». Pero su esposo dijo: «Yo moriré aquí, pero tú tienes que escapar porque tenemos hijos. Tienes que salir de aquí y buscarlos. ¡Hazlo por los niños!». Una vez más ella dijo: «No, no hay forma de escapar de este fuego. Moriré contigo». Pero su esposo no la escuchó, sino que le dijo: «¡No! Por mucho tiempo me rebelé contra mi madre y contra ti, y no creía en Dios. Pero ahora creo en la salvación de Dios, y en que nos podremos ver nuevamente. Por favor, ve y encuentra a los niños. ¡Ve ya mismo!». Entonces, con lágrimas abrasadoras y el corazón quebrantado, dejó a su esposo y, arrojándose agua, escapó de las llamas y finalmente logró reunirse con sus hijos. Tomiko Kihara era médica y en ese entonces tenía su propia clínica. Había estado de turno la noche anterior y llegó a su casa a las dos de la madrugada, por lo que estaba durmiendo cuando cayó la bomba. Aunque se encontraba a menos de un kilómetro del epicentro, no le pasó nada, y salió ilesa. Sacudida profundamente por la explosión, corrió afuera para ver qué pasaba, pero lo único que vio fue la tierra quemada y ennegrecida. Al darse cuenta de la seriedad de la situación, corrió hacia un hospital en el extremo de la ciudad y, durante una semana –sin descansar ni dormir– trabajó ayudando a las víctimas, dado que pocos médicos habían sobrevivido en la ciudad. En las semanas y meses que siguieron a la tragedia, continuó usando todo lo que tenía para ayudar a las víctimas, y pudo testificar ante muchos de ellos.

Una creyente verdadera

Como resultado de estos testimonios, Asako Furunaka aceptó plenamente a Dios y fue bautizada. Recibió entonces el llamado de compartir con otros la fidelidad del Salvador y, a los cincuenta y ocho años, ingresó al programa de teología del Colegio Saniku Gakuin de Japón. Después de graduarse llegó a ser pastora de la iglesia adventista de Kashiwa y más tarde trabajó como instructora bíblica en la iglesia adventista de Kisarazu. Aun después de jubilarse, ha seguido evangelizando a todo el que entra en contacto con ella. Y ahora, con casi noventa y muy buena salud, dice: «No tengo familia en esta tierra que me sostenga, pero sé que Dios me ama, y por eso me siento dichosa».

Fuente: Adventist World